



EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
utilitate partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin cortificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taubert.—Mánila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

Hé aquí la contestación que ha dado el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Santiago á la circular del señor ministro de Gracia y Justicia:

«Excmo. señor: Si con verdadero pesar, como V. E. dice en la exposición que precede al decreto de 5 del corriente, asiste la nación española al doloroso espectáculo que ofrece en las presentes circunstancias una respetable clase del Estado, con no menos pesar veo yo que V. E., por una equivocación lamentable, dé por supuesto que la media docena de eclesiásticos que sin misión de nadie, como sucede en las otras clases, á las que no se acrimina por eso, se ha lanzado al campo á sostener una causa política, represente la clase á que me honro pertenecer, y que bajo ese falso supuesto se la entregue oficialmente, sin quererlo sin duda, á las iras de los fanáticos políticos, porque también la política tiene sus fanáticos.

«No bastaba que la prenea anti-católica, en odio á la Iglesia, viese uno y otro día formando atmósfera, como ahora se dice, y conculcando las malas pasiones contra el Clero, con calumnias, embustes y patrañas que producen su efecto en los que no quieren averiguar la verdad; era necesario añadir á esto la exposición y el decreto que nos ocupa, para que se completase el cuadro. Dispuesto estoy á sufrir resignado lo que me sobrevenga con tales excitaciones, sin declararme contra el Gobierno ni excitar á la rebelión, como no he excitado nunca.

«No hablaré de desden por parte del Gobierno cuando algún Prelado haya reclamado sobre el atraso de las dotaciones del culto y Clero. No dudo que se habrá mostrado solícito por cumplir con su deber en este punto. Yo no he hecho ninguna reclamación de esta especie; y cuando llegue el caso, que afortunadamente no ha llegado en mi diócesis, de que los Parrocos se mueran de hambre, obraré según me dicte mi prudencia; y si entonces reclamase del Gobierno el cumplimiento de una obligación de justicia que la nación tiene sobre sí por haberse apoderado del patrimonio de la Iglesia, sería autorizando á V. E. para que me borrara de la nómina, reduciéndome entonces á vivir de mi modesto patrimonio y de la generosidad de mis amigos; porque mi dotación personal la miro con soberana indiferencia en comparación de otras cosas más graves que han sobrevivido y están sobreviviendo á la Iglesia española.

«El decir, como V. E. dice, que no serán tantas las excoleciones del Clero cuando parezca averiguado que ha contruido, no solo con sus excitaciones, sino con recursos propios á realizar el empréstito abierto para la causa carlista, mirando esto como la regla y lo opuesto como la excepción, es una cosa que no puede calificarse si se habla seriamente al asentarla. El Arzobispo de Santiago no ha excitado ni ha contribuido con un céntimo á esa operación, ni cree que su cabildo, ni en cuerpo, ni individualmente, haya tomado parte en ella, ni sabe que lo haya hecho ningún otro eclesiástico.

«Lo mismo sucede con lo de la guerra sin tréguera que V. E. dice ha declarado al Gobierno gran número de Sacerdotes desde el púlpito y en todas partes. Si combato desde el púlpito el ateísmo y el protestantismo, y excito á los fieles á que permanezcan firmes en la doctrina católica se llama hacer guerra sin tréguera al Gobierno, yo soy el primero que me confieso rey de ese pecado. Si combato en todas partes, se entiende en la prensa, en las conversaciones, etc., podrá ser verdad, pero en esto no se hace más que usar de uno de los derechos que se han proclamado como una gloriosa conquista, por más que yo no apruebo la omnipotencia de la prensa, que miro como un mal gravísimo para el orden público y para las buenas costumbres.

«Descentiendo ahora á las disposiciones del decreto que V. E. ha propuesto á la aprobación de S. A. el Regente, séame permitido hacer sobre su contenido algunas ligeras observaciones. El decreto está expedido como si el Estado conservase hoy con la Iglesia española las antiguas relaciones y la concordia de otros tiempos, cuando por la nueva Constitución se ha divorciado de ella, mirándola como igual á los cultos falsos que se van estableciendo en nuestra nación. ¿Qué digo como igual? Una serie de actos que no están autorizados por ninguna Constitución, sino que son contrarios á un solemne Concordato, y contra los cuales hemos reclamado los Obispos, muestran que desde el principio de la revolución se ha puesto el Gobierno en actitud hostil contra la Iglesia, cosa que no ha hecho con los falsos cultos. Cuando las cosas llegan á esta situación, no tiene el Gobierno que ordenar nada á la Iglesia, sino contentarse con conservar el orden público contenido á los perturbadores con la represión de la justicia.

«Así, pues, hoy menos que nunca, puedo reconocer el deber que se supone de dar los Obispos parte al Gobierno de los Eclesiásticos que hayan abandonado su residencia. El Gobierno no tiene que cuidar de si residen ó no residen los Eclesiásticos; sino de aplicar penas justas á los que perturban el orden. Afortunadamente en mi diócesis no conozco ninguno hasta ahora que se halle en ese caso.

«Nada tengo que decir respecto al art. 2.º del decreto, sino que á ningún gobierno, y menos al gobierno de un Estado que se ha divorciado de la Iglesia, y que ninguna protección está dispuesta á prestarla más que la general que se debe á todos los ciudadanos, sean católicos, protestantes ó ateos, tiene un Obispo católico obligación de darle

conocimiento de las medidas canónicas y públicas que haya adoptado respecto de los eclesiásticos en cuestión que hayan abandonado la residencia.

«Pero los artículos 3.º y 4.º merecen mas severo examen. Se nos intima que publiquemos una Pastoral en el término de ocho días, y remitamos copia á esa secretaría sin pérdida de tiempo, y que recojamos las licencias á los eclesiásticos notoriamente desafectos al régimen constitucional. Lo estoy leyendo y me parece mentira; me parece un sueño que un ministro que debe saber que la Iglesia en su esfera, es independiente de la potestad civil, quiera confundirlas ambas, dando á la civil la supremacía en el orden religioso.

«Yo no puedo hacerme cómplice de esa demasia rindiéndome á la intimidación y conculcando la libertad que Jesucristo dió á su Iglesia, á la cual parece que V. E. pretende mirar como un ramo de la administración civil.

«Yo no puedo menos, en cumplimiento de un deber muy sagrado, de reclamar contra esa exorbitancia. Esto es mucho mas grave que otras cosas, porque pretender obligarme á que publique una Pastoral y la remita á esa secretaría, y que retire las licencias á estos ó á los otros sacerdotes, es una cosa tan contraria á la libertad de la Iglesia, que me duele tener que manifestar francamente á V. E., aun á riesgo de que forme de mí el juicio más desventajoso, á pesar de mi notorio retraimiento de la política, que no accederé jamás á semejante pretensión, ni V. E. debe querer que yo me degrade hasta el punto de consentir en la esclavitud de la Iglesia.

«Yo dirigiré cartas Pastorales á mis diocesanos, no cuando me lo intime el Gobierno, sino cuando lo estime conveniente. Esa intimidación estaría en su lugar dirigiéndose á Obispos protestantes, que reconocen la supremacía de la potestad temporal en asuntos religiosos, como lo son sin disputa el dar pastorales y recojer licencias.

«Los Obispos católicos miramos esa absorción de la potestad religiosa por la civil como una herejía mil veces anatematizada por la Iglesia, y que es uno de los puntos más graves que nos separan de las comuniones protestantes. Sufriremos con resignación cualquier cosa por esta manifestación de mis ideas religiosas; pero no puedo resignarme á ejecutar un acto que sería en mí una indigna prevaricación, un reconocimiento de la supremacía religiosa de los gobiernos civiles; y si V. E. pretendiese esto, sería lo mismo que publicar un edicto de persecución, cosa que no puedo creer de un ministro de Justicia, y mucho menos en unos tiempos en que se ha proclamado la más amplia libertad para todos los españoles, y tantas precauciones se han tomado en la nueva Constitución contra los abusos del poder.

«Dios guarde á V. E. muchos años.—Santiago, 16 de Agosto de 1869.—EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.—Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia.»

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla ha dirigido también al señor ministro de Gracia y Justicia la comunicación siguiente:

«Excmo. Sr.: He recibido el decreto de S. A. el regente del reino, fecha 5 del corriente mes, con la exposición de V. E. que le precede, y enterado con detenimiento de cuanto en dichos documentos se contiene, debo manifestar á V. E. para su conocimiento y demás fines oportunos lo que sigue:

«En primer lugar, que ninguno de los eclesiásticos de esta vasta diócesis de mi cargo ha abandonado su domicilio para lanzarse á combatir la situación política creada por las Cortes Constituyentes; lejos de eso, todos, sin excepción ninguna, residen en sus pueblos respectivos y continúan desempeñando los deberes de su sagrado ministerio en las iglesias á que se hallan adscritos.

«En segundo lugar, que por lo tanto no he necesitado ni necesito adoptar medida alguna de las que se indican en el art. 2.º del citado decreto; antes bien, doy á entender frecuentemente á los Curas párrocos y Sacerdotes de este Arzobispado que estoy muy satisfecho de su celo y solicitud en el cumplimiento de sus sagradas obligaciones, y los amonesto y excito con el mayor afecto pastoral á que perseveren constantemente en su laudable conducta, para sostener con la palabra y con el ejemplo la paz, el buen orden y tranquilidad de los pueblos, y fomentar la obediencia y respeto de sus feligreses á las autoridades constituidas.

«Y en tercer lugar, que es público y notorio que los clérigos de esta diócesis no se mezclan ni han tomado ni toman parte alguna en los asuntos políticos, ni han excitado ni excitán á las gentes á ningún género de revolución ni pronunciamiento contra el Gobierno constituido. Al contrario, se limitan á prestar, según corresponde, el buen servicio y asistencia espiritual á los fieles, predicando el Santo Evangelio, promoviendo su piedad y preservándoles de que sean víctimas de las malignas seducciones, de las lecturas nocivas y de las anticatólicas y perniciosas doctrinas que la propaganda procura difundir entre los pueblos, ahora mas que nunca escudada con la libertad de cultos.

«Dios guarde á V. E. muchos años. Sevilla 16 de Agosto de 1869.—Luis, Cardenal Arzobispo de Sevilla.—Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia.»

El señor Obispo de Vitoria ha dirigido al

Clero y fieles de su diócesis la siguiente exhortación:

«NOS DOCTOR D. DIEGO MARIANO ALGUACIL RODRIGUEZ, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE VITORIA, GABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ETC., ETC.

A nuestro venerable Dean y cabildo, Clero y fieles de nuestra diócesis, salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

«Mas de una vez, amados hermanos é hijos, hemos tenido la pluma en la mano con el designio pastoral de recomendaros la sumisión, el amor y la paz en presencia de los extraordinarios sucesos que se desenvolvían en nuestra querida España; y hemos dejado de hacerlo, ya porque nos adelantaron las dignísimas autoridades y celosísimas diputaciones del país, ya porque después no estimamos prudente que nuestra palabra pudiese prestar apoyo á las dudas que circulaban sobre vuestra actitud en la crisis que atravesamos.

«Hoy, empero, atendidas las circunstancias y dominando todas consideraciones, levantamos nuestra voz para predicar la paz, la celestial y divina paz, fuente y origen de todos los bienes. Si, amad la paz, saludadla siempre con la paz y procurad la paz á costa de cualquier sacrificio, porque con lo paz tendréis el contento, la abundancia y la felicidad.

«Mas entendido bien que la paz no se consigue en el mundo social sino por el respeto á las leyes, por la obediencia á las autoridades, y el amor recíproco entre todos los ciudadanos. Los hombres se han reunido en sociedad, salvando sus derechos y obligándose á promover el bien común con la práctica de todo lo que conduzca á la grandeza, prosperidad y ventura de la asociación; las leyes se dictan y promulgan como sabias y justas ordenanzas de la razón, encaminadas á obtener aquellos preciosados fines; luego todos deben acatarlas y cumplirlas con religiosidad. También es obligatorio la sumisión y obediencia á los poderes constituidos: ¿quién no sabe la enseñanza de San Pablo: «Toda alma viva sujeta á la potestad á fin de no resistir á la orden de Dios?» Justísimo es que tributemos respeto y sumisión á las autoridades por el cargo de que se hallan investidas, por la vigilante solicitud con que le sirven, y por los grandes beneficios que reportamos. Últimamente, os exhortamos al amor continuo y á la caridad cristiana: el amor, que es la gran ley del Evangelio, es también el fuerte vínculo de la sociedad; feliz el pueblo que vive en caridad, en concordia y unión en el reino la semejanza de la gloria.

«Ordenamos á los señores curas de las parroquias de nuestro obispado, que den lectura de esta pastoral á sus feligreses al ofertorio de la misa popular del día de fiesta siguiente á su recibio; y que así los párrocos como todos los sacerdotes, reencarguen frecuentemente á sus fieles las máximas de sumisión á las leyes, obediencia á las autoridades, y amor y paz entre sí.

«Nuestro buen Dios se digne bendeciros desde su excelso Trono; y como prenda de cariño os enviamos la nuestra en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

«Dado en nuestro palacio episcopal á 15 de Agosto de 1869.—DIEGO MARIANO, Obispo de Vitoria.—Por mandato de S. E. el Obispo mi señor, Doctor D. Juan Tornero, arcediano, secretario.»

NOS EL OBISPO DE CALAHORRA Y LA CALZADA AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA AMADA DIÓCESIS.

Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Con profundo sentimiento y hondo pesar nos vemos obligados, amados hermanos é hijos en Jesucristo, á dirigirlos nuestra voz á fin de recordaros un deber, siempre importante y necesario, y que lo es mucho más en las críticas y difícilísimas circunstancias en que hoy se halla nuestra infortunada nación.

Divididos, por desgracia, los hijos de una misma patria en opiniones y partidos políticos, que anuncian la ruina y desolación de nuestro país, porque tal debe ser el destino de todo pueblo agitado por divisiones intestinas, según está consignado en el Libro Divino, que encierra verdades eternas y oráculos infalibles, palpamos ya con espanto los tristes resultados de esta división de los ánimos, y asistimos horrorizados á espectáculos dolorosos en estos momentos de perturbación social.

En tal situación no podemos dejar de avisaros, hermanos é hijos, de la obligación que tenéis de amaros unos á otros, conforme al precepto terminante del mismo Jesucristo; y debemos exhortaros á que conserveis con el mayor empeño y con exquisito cuidado el precioso distintivo que el Salvador del mundo quiso que ostentasen todos sus discípulos, la caridad.

Sin este vínculo de unión que debe estrechar los miembros y voluntades de la gran familia humana; sin este elemento de paz y de concordia que debe evitar el choque de pasiones impetuosas y de intereses encontrados, faltarían las condiciones esenciales de la vida social, y por consecuencia no podría concebirse sociedad permanente y estable. Porque ¿qué cosa es la sociedad humana, más bien, que otra cosa debe ser sino la reunión de seres racionales unidos entre sí por los mismos lazos, identificados por unos mismos intereses, y cuyos esfuerzos deben dirigirse á un mismo fin? De lo de momento, pues, en que falte la caridad, ya la unión no existe más que en el nombre, la

fraternidad no es más que una utopía, una palabra buca que nada significa, y consiguientemente el equilibrio social tiene que resentirse, y reinar en el mundo la confusión y una pugna eterna entre los individuos que forman la sociedad.

Cuando Jesucristo Dios y Hombre apareció en el mundo, probó con su doctrina y con sus obras que su misión consistía principalmente en ejercer la caridad, en consolar á los débiles, socorrer á los indigentes, libertar á los oprimidos, sembrar en el mundo los preciosos gérmenes de unas virtudes hasta entonces desconocidas, y proclamar la verdadera igualdad, la positiva fraternidad basada en el amor divino. Y al soberano y al súbdito, y al señor y al esclavo, y al potentado y al pordiosero, y al indígena y al extranjero, y al gentil y al judío, á todos indistintamente les dice: *Todos sois hermanos: Omnes vos fratres estis. Amate reciprocamente. Haced á los demás lo que quisierais que se hiciera con vosotros. Uno mismo es el Dios de todos.* Y estas máximas enseñadas por el Divino Maestro, autorizadas con su ejemplo y sancionadas con su sangre obran una revolución feliz en los instintos de los pueblos; y cambian las costumbres, y se incorpustan en las leyes; y poco á poco van desapareciendo las antiguas preocupaciones del paganismo; y las rivalidades disminuyen, el despotismo cede, el poder se humaniza; y la esclavitud se va aboliendo de los códigos en proporción que el elemento cristiano va encarnando en las sociedades; hasta que por último, la caridad triunfa del egoísmo, y los hombres y los pueblos se reúnen bajo el brillante estandarte de la Cruz. Y este gran milagro, esta fusión de todas las clases sociales, obrado por la doctrina de la Religión cristiana, prueba la impotencia de toda otra doctrina para producir ese gran sentimiento de fraternidad que forma la dicha de los individuos en particular y el bienestar de la sociedad en general.

Esta verdad la hemos visto demostrada en los siglos de mayor cultura, en los pueblos más civilizados, y en las naciones más ilustradas. Cuando se ha tratado de amalgamar, digámoslo así, á las sociedades sin el concurso de esta doctrina celestial, y procurado sin ella hacerlas dichosas, los resultados han venido á comprobar que se podrán discurrir bellas teorías económicas, describir sobre el papel brillantes proyectos de asociación, inventar planes deslumbradores de gobierno, y multiplicar, cuanto se quiera, los sistemas; pero nunca hacerlas felices creando la caridad, jamás establecer en el mundo el verdadero amor del prójimo, de modo alguno fomentar el espíritu de verdadera fraternidad. Y ¿por qué? Porque, por más que se pongan en juego todas las ideas de gobierno imaginables, fuera de los principios católicos, fuera de la caridad mutua entre los individuos de la sociedad, solo pueden ser en este mundo desgraciados, y cuanto más afanen por buscar su felicidad, más lejos huirá de ellos. Porque la caridad no se inventa, el amor no se crea con sistemas y combinaciones humanas, la fraternidad no nace en las asambleas, ni en los meetings, ni en los clubs, ni brota en los campos de batalla. Dios es quien siembra en el alma esas virtudes; su mano es quien las fecunda; y esa mano divina es la de nuestra Religión sacrosanta.

Aoñámonos, pues, amados hermanos é hijos, á esta arca de salvación en el diluvio de males que inundan la tierra toda en medio del torbellino de las pasiones que agitan á nuestro desventurado país. Escuchemos la angustia y maternal voz de esa Religión divina, que nos propone como primero y fundamental principio de su doctrina: *Amad á vuestros prójimos como á vosotros mismos. Diligite proximum tuum, sicut teipsum.* Y si así lo hacemos, nuestra nación será feliz, nuestros pueblos envidiables, nuestras familias dichosas. Practicando esta sublime enseñanza, el amor recíproco, la verdadera fraternidad, la concordia y la paz harán las delicias de todos los españoles; y los odios, las venganzas y las rivalidades serán nombres desconocidos entre nosotros. No habrá ya partidos que se hostilien ni bandos que se disputen el triunfo, ni discrepancia de opiniones, ni luchas intestinas, ni choques sangrientos, porque todos los españoles estarán animados de unos mismos sentimientos, serán dirigidos y guiados por unas mismas ideas y caminarán á un mismo fin. De este modo los gobernantes comprenderán su alta y delicada misión y serán justos, discretos y clementes; y sus subordinados no olvidarán su deber, mostrándose dóciles, sumisos y obedientes, cual cumple á buenos cristianos y verdaderos católicos. Por este medio, en fin, acabarán para siempre los trastornos, las revueltas, las contiendas, que tantas lágrimas y tanta sangre han hecho derramar en nuestro suelo. Cada individuo desempeñará fielmente su papel en el gran concierto social; cada uno permanecerá contento, tranquilo y satisfecho en el puesto que le señala su vocación, y vivirá recogido en el lugar que corresponde á su profesión, clase ó estado: el eclesiástico en su santuario, el militar en el sagrado de la Ordenanza, el letrado en su bufete, el empleado en su oficina, el labrador en el campo, el artesano en su taller, el fabricante en su industria y el mercader en su tienda. Todos procurarán cumplir con religiosa exactitud sus obligaciones cristianas y sociales. Todos profesarán una misma fe, la fe católica; practicarán una misma moral, la del Evangelio; y firmes todos en los principios de la verdad infalible y de la justicia eterna, concurrirán de consuno á levantar sobre cimientos sólidos é indestructibles el magnífico y sorprendente edificio de nuestra regeneración y prosperidad material y moral, coronándolo con una inscripción que contenga en ca-

rácteres indelebles que puedan leer las generaciones venideras estas halagüeñas y consoladoras palabras: *Pax vobis; pax á vobis.*

Esta paz os desea vuestro Obispo, y con ella la paz de vuestra conciencia, que nace de la virtud; la paz del alma, que consiste en la gracia. Y con esta paz que os hará vivir fraternalmente unidos y dócilmente subordinados á toda Potestad, según ordenación divina, aseguraréis vuestra felicidad en esta vida y la ventura eterna en la otra.

Recibid, amados hermanos é hijos, con el testimonio mas esquivo de nuestro paternal afecto, la bendición, que á todos os damos con el entrañable amor en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en Santa Visita Pastoral de San Pedro Manrique á 17 de Agosto de 1869.—SEBASTIAN, Obispo de Calahorra y la Calzada.—Por mandato de S. E. el Obispo, mi señor.—Dr. D. Santiago Palacios y Cabello, Canónigo-Secretario.

Hé aquí la contestación de *El Estado Catalán* de Barcelona al comunicado del Sr. Casals, en que intenta vindicarse de los cargos que se le han dirigido con motivo de los fusilamientos de Montalegre:

«Prometimos ayer ocuparnos del remitido que tuvo el atrevimiento de publicar Casals, con el laudable objeto, sin duda, de defender el empleo de coronel con que el Gobierno le agració por su comportamiento en Montalegre, y vamos á cumplir nuestra promesa.

Lo esencial de dicho documento se reduce á esdusarse en la iniqua orden del ministerio de la Guerra, para que los carlistas (dice) aprehendidos con las armas en la mano fuesen en el acto fusilados, aunque las hubieran arrojado en la persecución; orden comunicada por el ministro á los generales de distrito y por estos á los jefes de columna.

Nosotros sabemos ya la existencia de dicha orden, y, sabiéndola, escribimos todos los sueltos y artículos que escribimos, porque la existencia de la misma no hace más que extender la responsabilidad á otras personas, sin eximir de ella ni aún aminorar la de Casals. Si responsabilidad hubiera contraído por el mero hecho de obedecer una orden tan monstruosa, ¿qué diremos habiéndonos estralimado de ella, siendo más sanginario que la orden misma del ministro de la Guerra?

Según dicha disposición, debían ser pasados por las armas en el acto los malhechores que formen parte de una partida de tales, si fueren aprehendidos con las armas en la mano y aunque las arrojen en la persecución. ¿Cree Casals que el pueblo español haya olvidado que entre los fusilados se encontraba Juan Villá y Llobregat, guardabosques jurado, á quien aprehendieron sin armas, sin formar parte de partida alguna de malhechores, y lejos de los demás que fueron aprehendidos? ¿Cree Casals que los que vieron á los infelices después de asesinados olvidarán jamás que á su lado no existía arma alguna, como debiera haber estado para dejar probado el hecho? Lo sabe España, Casals; Juan Villá, el inocente, el completamente inocente guardabosque fué asesinado, no por la orden del ministro de la Guerra, sino por vos que os estralimabais de tan bárbara orden. Los otros ocho infelices fueron también asesinados, no por la mencionada orden, sino por el que se estralimitó de ella.

¿Habeis pensado acaso que el pueblo español es tan estúpido que no ha echado de ver en vuestro remitido que no os ocupáis para nada del guardabosque Juan Villá? Si lo habeis creído habeis insultado al pueblo, que tiene demasiado encarnados en su corazón los sentimientos de justicia.

Pero aunque hubierais obrado dentro de las prescripciones de la orden en que os apoyais, ¿creéis acaso que no seriais responsable de vuestros actos? ¿No sabeis que existe en España una Constitución que está muy por encima de todos los ministros y generales? ¿Ignorais que el regente mismo de España no quiere ni debe ser obedecido cuando ordene algo inconstitucional, según declaró solemnemente al prestar juramento ante las Cortes? ¿No sentís algo en vuestro corazón que os dice que hay órdenes que no deben ser obedecidas? ¡Ah, si fúeis un hombre como la generalidad de los hombres hubierais preferido mil veces romper vuestra espada, antes que veros perseguido continuamente, cual Maabeth, por los espantos de vuestras víctimas! Compasión mereceriais sólo, si no sintiésteis el grito de la conciencia, si los nueve cadáveres de Montalegre no turbasen vuestro reposo.

¿No habeis leído que todos los demás jefes de columna que en Cataluña y fuera de Cataluña han perseguido partidas de carlistas organizadas y armadas, y que hicieron resistencia, no han imitado vuestra conducta? ¿No sabeis acaso que el cura de Alcabes se halla preso, y que las cárceles de muchos pueblos se hallan también atestadas de presos que no fueron fusilados seguidamente? ¿No sabeis que vuestro superior Baldrich ha hecho prisioneros y no ha fusilado á nadie? ¿A qué consejo de guerra han tenido que contestar tales jefes? ¿No les ha dado acaso el Gobierno como á vos, pero menos injustamente que á vos, premios y grados?

¿Queréis rechazar la nota de cruel y de asesino, porque no presenciasteis el acto? ¿No lo ordenasteis acaso? ¿No erais vos el jefe de la columna? ¿No lo presenciasteis; sea verdad. Entrad en la ejecución, según decís, á un subalterno. Es decir, que no tuvisteis valor para consumir vuestra obra. Es decir, que á más de cruel, fúisteis incapaz de presenciar vuestra crueldad.

¿Queréis hablar luego de otro hecho antiguo, de la matanza de Masquetá, y no contradecir nada de lo que dijimos. Al contrario, venis á dar fuerza al relato que hicimos en nuestro número 27; hiciésteis entonces lo mismo que ahora. No tuvisteis valor para presenciar los efectos de vuestras órdenes sangrientas, y encargasteis la ejecución á un subalterno. Pero entonces al menos, podis legalmente esdusaros una orden superior, que no puede hoy esdusaros, según hemos demostrado. Pero, ¿la palabra que disteis á los infelices? Un hombre de honor la cumple, aunque le cueste, no un grado, sino la vida.

Y sin duda para defender el empleo que os han dado os alabais de haber sacrificado el Vallés con la oportuna aparición de vuestra columna y con vuestros fusilamientos. ¿Estaba acaso en guerra civil el Vallés? ¿No sabeis que en Montalegre había cuatro familias extranjeras muy medrosas

por más señas de los carlistas, que nada, absolutamente nada habían reparado que los infundiese miedo. No sabéis que desde vuestros hechos, en que al fin y al cabo murieron sólo nueve hombres, no se ha vuelto a presentar en el Valtés partida alguna ni resto de partida?

¿Qué bien sabéis hacerlos el interesante desolando batallas y reencuentros! ¿Creeis acaso que el público no raciona, y que creará lo que ni habéis sabido presentar como verosímil? ¿Creeis acaso que el público no conocerá que habiendo tocado cornetas que debieron oír los que aprehendidos, no os hubieran esperado ocho hombres en la fuente, que no os hubieran escondido, si no hubiesen estado en actitud pacífica, por más que estuvieran respirando?

Desengañados, Casáis. El público, como decía, sabe ser justo e imparcial en la apreciación de los hechos, y sabe muy bien que Juan Villá, completamente inocente, y aprehendido sin armas y sin formar parte de partida alguna, fué asesinado, como lo fueron también los otros ocho, que no os hicieron resistencia alguna, y que sólo fueron cuando empleasteis contra ellos viles de hecho.

Y esta opinión del país no se rectificará aunque obtengáis un fallo absolutorio del tribunal que, fiando en los testigos que le presentéis o por otras causas, lo pronuncie. El pueblo recuerda muy bien que José Vidal fué también absuelto, con pronunciamientos favorables, de los asesinatos que cometió en la Rambla.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

SAN PETERSBURGO, 22.—En el ministerio de Justicia han empezado ya los trabajos preparatorios con objeto de establecer el jurado para los delitos comunes en todo el imperio.

LISBOA, 23.—El nuevo ministerio ha repuesto a casi todos los empleados que fueron declarados cesantes por la anterior administración.

CONSTANTINOPLE, 22.—Continúan activamente los armamentos para poder hacer frente a toda eventualidad.

Reina alguna agitación en la Bosnia. Témanse desórdenes.

PARIS, 22.—El *Journal Officiel* publica un decreto nombrando al general Lebeuf ministro de la Guerra.

PERPIGNAN, 21.—Otros seis jefes carlistas han sido arrestados por las autoridades francesas.

El sábado a las dos, se reunió en París la comisión de Senado-consulta para oír la lectura del dictamen redactado por Mr. Deviens.

Continúa anunciándose que hoy martes será presentado el dictamen al Senado, y que el martes de la semana que viene principiará la discusión.

Este arreglo tiene la ventaja de conciliar, para los miembros de la alta Cámara, el estudio de las cuestiones suscitadas por las diversas enmiendas en que ha tenido que ocuparse la comisión, con la posibilidad de ir a tomar parte en las sesiones de los Consejos generales.

Según dice un periódico de París, Italia ha pedido al Gobierno francés autorización para emitir un nuevo empréstito en París; pero que Mr. Magne no parece muy dispuesto a acoger favorablemente la indicación del ministro de Hacienda italiano.

Las noticias de Hong-Kong del 8 de Julio recibidas en Trieste por el correo de Levante, anuncian que cuando la toma de Hakodadi y Miako por las tropas del Mikado, habían sido hechos prisioneros varios franceses.

El almirante francés amenazó con bombardear a Yeddo, y esto bastó para que las autoridades japonesas los pusieran en libertad.

En el momento en que el Gobierno prusiano atacó con mayor violencia al primer ministro de Austria, anuncian los periódicos de Viena que el emperador Francisco José acaba de concederle el Título de Oro.

Parece que han ocurrido graves desórdenes en Sicilia. El gobernador, general Médicos, que manda en dicha isla, ha pedido refuerzos a Florencia y se le han enviado por gran velocidad.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 24 DE AGOSTO DE 1869.

LA ABDICACION DE DOÑA ISABEL.

II.

La *Epoca* no debe ofenderse porque sigamos analizando este hecho importante de la historia contemporánea. De qué serviría el periodismo político, si no había de estar autorizado para esto?

Comprendemos el disgusto de los partidarios de un sistema o de una solución política determinada al ver que se descubren consecuencias que ellos no han previsto, o bien procuran ocultar con fuerte empeño; se exponen juicios contrarios a los suyos, creando dificultades nuevas a la realización de su propósito; mas a este disgusto debe resignarse todo el que se afilie a cualquier partido; hoy para mí, mañana para ti.

Lo que hay derecho a pedir en las contiendas periodísticas es el decoro en el hablar de las personas, el respeto a las desgraciadas, a todas la consideración que por su rango social se merecen. En esta parte procuramos no faltar nunca. Nuestra pluma salió a defender a doña Isabel de Borbon contra los romances infamadores que se cantaban por las calles, contra las historias que se anunciaban en los periódicos, y contra las escandalosas caricaturas que se ven aún en algunos escaparates, antes que *La Epoca* osara manifestar sus aficiones y su entusiasmo por la dinastía destronada.

No; nosotros no acostumbamos insultar a nadie, mucho menos a los que están en la desgracia. Cuando doña Isabel ocupaba el sólo español y cortesanos y aduladores la rodeaban por todas partes, nos sentíamos mucho más fuertes para decirle la verdad entera. Tenemos la convicción de que si hubiese atendido más a nuestros desinteresados consejos, y no tanto a las protestas y promesas de algunos que recibían sus favores;

la desgraciada hija mayor de Fernando VII aún tendría su morada en el palacio de Oriente.

Pero ni nuestro constante propósito de no insultar a nadie, ni el respeto debido a toda desgracia, ni aun el peligro de que *La Epoca* nos regañe han de ser motivo bastante para que acerca de los sucesos que van pasando emitamos con sinceridad y franqueza nuestro humilde juicio.

Poco favorable nos lo ha merecido la abdicación de doña Isabel en las circunstancias actuales. Mas lo que a *La Epoca* y a los demás que no juzgan como nosotros corresponde, es manifestar que andamos equivocados, que no son valederas las razones en que nos apoyamos, y que no pueden resultar las consecuencias que prevemos.

Hemos dicho que abdicando doña Isabel en los términos y cediendo a los móviles que se han anunciado, perdería como reina, como madre y como señora. *La Epoca* debería, para contradecirnos con buen éxito, probar que el rey que por fuerza abdica gana en dignidad, en poder, en influencia o en cualquiera de los otros atributos propios de la realeza. Si así fuese, ¿qué la resistencia en la abdicación? ¿Por qué no apresurarse a reconquistar por medio de ella lo perdido en un momento de desamparo acompañado de la traición? La cosa es de sí tan clara que sería inútil todo esfuerzo por darle luz.

Para una madre, y especialmente para una madre cristiana, no hay pérdida que pueda compararse a la de su hijo, de quien haya de desprenderse para entregarlo al cuidado de personas que no merecen su confianza. Y a este tan penoso sacrificio debe resignarse la madre del Príncipe Alfonso, si ha de dar algún resultado a la abdicación.

Porque a la edad que tiene el augusto joven, necesita de un regente que reine en su nombre enseñándole a él mismo a ser rey, y de maestros que le instruyan y eduquen para ser hombre digno de tan elevada posición social. ¿Podrá doña Isabel desempeñar estos oficios que le señalan la naturaleza y la Constitución?

En cuanto al de regente, no hay para qué decirlo. Habiéndola declarado la revolución incapaz de reinar por muy infamante manera, no puede consentir en que obtenga la regencia durante la menor edad de su hijo; habiéndola quitado con tan poca consideración del trono que ocupaba como reina, no puede volver a sentarla en el mismo lugar como regente; que al fin las obligaciones de un rey y las de un regente apenas se distinguen sino por las mayores dificultades que el segundo encuentra para su cabal cumplimiento.

La historia enseña que nunca a quien no se fia la gobernación del Estado, se le considera a propósito para formar el corazón del futuro rey.

¿Dura suerte la de las personas que nacen en cuna real! La primera condición que la sociedad les exige es que renuncien el dulce amor de la familia, las tiernas aficiones del corazón, a lo que forma para el común de los mortales el mejor bálsamo de todos los dolores, el remedio natural más eficaz para todos los males del alma. Deben casarse atendiendo a la inexorable razón de Estado aun contra las propias simpatías, y si las circunstancias y la razón de Estado lo demandan han de arrojar de su regazo al fruto de sus entrañas acaso cuando tiene mayor necesidad de la solicitud del padre y del suave calor maternal.

Doña Isabel se encuentra en este tristísimo caso. Para proporcionar a su hijo una corona que no será corona o lo será de espaldas, vá a verse precisada a privarse de su vista y a confiar al cuidado de extraños la instrucción de su inteligencia, la conservación de su vida y lo que vale más que todo, la formación de su alma. ¿Cuántas madres reputarían esta por la mayor de las pérdidas!

Y a quienes deberá confiar encargo tan extremadamente delicado! ¿A Serrano, Prim y Topete? ¿A los Couchas y Rios Rosas? ¿A Rivero y los demócratas? ¿A Olózaga que se ha gloriado de ser su primer enemigo? Discúrranse todas las combinaciones posibles, y se verá que no cabe en lo probable hacer ninguna de hombres que no hayan combatido con medios poco leales a la madre a quien deberán sustituir.

La regencia de doña María Cristina, madre de Isabel y abuela del príncipe, sería sin duda la más decorosa y natural. Pero aparte de las dificultades con que no puede menos de tropezar, ofrece también grandes motivos de amargura para la desgraciada madre de D. Alfonso. Ha de serlo en primer lugar el oír de aquella misma boca que la acarició en la cuna, que ella no sirve para el oficio de madre, el más augusto que puede desempeñar una mujer. Nosotros apenas acertamos a comprender pena mayor que la de una hija y madre a la vez cuando la persona más interesada en su felicidad le arrebató el objeto de su cariño, diciéndole: «yo seré madre dos veces, ya que tú no sabes serlo una sola vez».

Además, a doña Isabel que tiene bastante talento y experiencia, no podía ocultarse lo poco que puede esperar de la regencia y educación de su madre.

Dios nos libre de querer agravar en lo más mínimo a la una y a la otra; pero los hechos están ahí, y por más que se procure encubrirlos y hacerlos olvidar, son de tal naturaleza que no ha de ser posible borrarlos de la memoria de doña Isabel.

Doña Cristina ha sido ya regente otra vez, y otra vez ha desempeñado el oficio de madre. Cómo supo o pudo corresponder a estos títulos, nadie puede conocerlo como la misma Isabel

que por consecuencia de los sucesos entonces realizados, gima ahora en tierra extranjera comiendo el pan amargo del destierro.

Entonces Cristina era joven. Hallábase en esa edad en que las aficiones son más vivas, la actividad no se abruma, el corazón no se desanima y la imaginación halla recursos para salir de cualquier paso comprometido. Entonces tenía a sus órdenes un partido número obligado a secundarla por agradecimiento y por egoísmo, un partido que no podía sostenerse sino a la sombra de una bandera monárquica y no tenía otra que la de la reina gobernadora.

Ahora, por el contrario, los años y los disgustos que Cristina ha pasado, son bastantes para secar la ternura del corazón más sencillo, para haber agotado los recursos de la más fecunda imaginación y haber sustituido la desconfianza recelosa al entusiasmo y a la fe.

Además, si Cristina vuelve a regentar este país que no la ha visto desde hacía muchos años sino como una sombra fugitiva, no será con el poder que en otra época le daba un conjunto de circunstancias favorables, no será estando al frente de un partido sino supeditada a un partido que la recibe como de misericordia y mediante una humilladora transacción.

Imaginemos que el proyecto de esta regencia se ha realizado ya; supongamos que a pesar de las oposiciones republicanas y católicas, a pesar de los compromisos por Montpensier y de las aspiraciones a la unión ibérica; a pesar del hombre de los obstáculos tradicionales, y a pesar de la malevolencia de los progresistas que dos veces han arrojado a aquella señora de España, las cosas se hayan combinado de una manera que por un golpe de Estado o por el voto de las Cortes, ha obtenido la regencia, y díganse de quienes será verdaderamente regente.

Cristina no puede ser sino una sombra al lado de los generales revolucionarios, el nombre que les falta para encabezar los decretos, una pantalla, una cosa para cubrir el vacío que rodea a la revolución.

Este es nuestro modo de ver. Si es exacto, considérese si será pérdida o ganancia para Isabel como madre, el entregar el hijo a semejante regencia.

No pierde menos como señora. La revolución ha dicho de ella lo que no se dice de ninguna mujer; pero pocos han dado crédito a las acusaciones de la revolución. Los hombres sensatos han visto en la exageración misma de las imputaciones, el carácter con que se conoce la calumnia, y el digno silencio de la acusada les ha inducido a perdonar de buena gana si alguna fragilidad había podido dar pie a la maledicencia y al odio de los partidos enemigos.

Mas desde el momento en que doña Isabel se humilla ante la revolución confesando que no hizo mal en destronarla, y confía a los acusadores el porvenir de su hijo, da el testimonio mas valedero en contra de sí misma. La revolución queda purificada, y la víctima de ella en el peor lugar.

La historia, que juzga a los poderosos sin miedo a la policía secreta ni a los consejos de guerra, atenuándose imparcialmente a los datos que encuentra, dirá que si doña Isabel II fué inocente, creció del valor y de resignación para demostrarlo.

El hombre se manifiesta más grande dominando sus impacencias, que no alcanzando victorias sangrientas. Los reyes dignos de serlo, pueden probar mejor sus cualidades reales en la desgracia que no en el poder.

Escribimos estos artículos con honda amargura, porque nos la causa la situación infortunada de doña Isabel, a quien compadecemos mas de veras que algunos de los pocos que la adulan todavía. No la queremos ningún mal, y por esto exponemos sinceramente los que en concepto nuestro se le seguirían de llevar adelante la proyectada abdicación.

Si *La Epoca* no está conforme con nuestros juicios, puede manifestar en qué los encuentra viciosos, y decirnos el fundamento de los suyos; pero háganos la justicia de creer que en nuestro corazón no hay odio, y que no corre nuestra pluma al impulso de ninguna mala pasión.

Por más que algunos se figuren otra cosa, la verdad es que el asunto de candidaturas al trono continúa, con corta diferencia, lo mismo que hace dos o tres meses. Sabemos que los progresistas del ministerio tienen ya su pequeño rey: el duque de Génova, sobrino de Victor Manuel y niño de 14 ó 16 años. No es de ahora esta candidatura: tiempo hace que la fracción Prim la tenía cuidadosamente guardada como un tesoro que no debía ser expuesto a la dilapidación de la polémica y a la burla y escarnio de los partidos poseedores de candidaturas fijas. Mas las indicaciones hechas recientemente por *La Nación*, diario progresista, en favor de un candidato español, que nadie conoce, prueban la poca armonía que en el seno mismo del partido existe, respecto de la cuestión dinástica. Hay quien dice, sin embargo, que la unión liberal acepta al duque de Génova, convencida de que Montpensier es imposible. Ponemos en duda este rumor, porque aun suponiendo que algunos unionistas prescindan de sus compromisos con el francés Orleans, es evidente que la unión liberal no le abandona, si hemos de creer en la significación de sus órganos en la prensa, *La Política* y *El Diario Español*, montpensieristas furibundos.

El duque de Génova no es una candidatura seria. Inevitable ceguera o crueldad refinada se necesita para traer a un niño extranjero a ocupar el trono de España en las presentes circunstancias, cuando un príncipe español, hombre ya, enérgico y entendido, tendría que vencer grandísimas dificultades, con no poco trabajo, para meter en caja la desquiciada máquina política y administrativa del país.

Por más cuidado que ponga *El Pueblo* en

constancias, cuando un príncipe español, hombre ya, enérgico y entendido, tendría que vencer grandísimas dificultades, con no poco trabajo, para meter en caja la desquiciada máquina política y administrativa del país.

Aparte de otras consideraciones de principios, es indudable que la proclamación de un príncipe cualquiera de menor edad, sea D. Alfonso, sea el duque de Génova, no resuelve nada. Continuará la interinidad: tendremos la misma regencia de Serrano, salvo que habrá un príncipe más en quien se fijará con preferencia el odio de los partidos radicales que tarde o temprano darían al traste con la minoría y con sus guardadores. Para que hubiera posibilidad de poner en práctica esa idea que acaricia la fracción de Prim respecto del duque de Génova y *La Epoca* respecto del príncipe Alfonso, sería necesario que las pasiones políticas se hubiesen calmado, que los partidos hartos de luchar se entregasen, por la fuerza del cansancio, al reposo, renunciando por de pronto todo proyecto de hostilidad activa. En esos instantes de fatiga o de inercia sería posible la candidatura de un niño, y la de Serrano y la de cualquiera, la del mismo Pablo I; porque todo es posible en esos instantes. Pero hoy, cuando la república abraza las más risueñas esperanzas y está, por decirlo así, en el vigor de su juventud; cuando el carlismo cuya constancia y tenacidad son proverbiales, está dispuesto a no dejarse imponer sin protesta un rey liberal, sea el que quiera. ¡Hoy pensar en traer un príncipe niño y extranjero por añadidura! ¡Qué demencia! El Gobierno debe convencerse de que no tiene monarca, ni niño, ni joven, ni viejo. Su única salvación revolucionaria es la república. Si el general Serrano o el general Prim, en vez de combatir la idea republicana se pusieran al frente de ella para contener por de pronto su natural desbordamiento, habían hecho verdaderamente la revolución y serían lógicos. Dadas las circunstancias actuales, acaso sería más conservadora la república que la vaga interinidad en que vivimos combatida por todos los elementos radicales. Confesamos que la república nos asusta porque sabemos que no sería lógica; pero aun nos asusta más la prolongación de la interinidad que tiene todos los inconvenientes de la república, sin ninguna de sus ventajas.

Dije, pues, el Gobierno de pensar en monarca, ni se empeñe en traer al duque de Génova porque lo expone cruelmente a recibir un disgusto el cual no sea nadie responsable más que el mismo Gobierno.

En el *potpourri* de noticias con que se adorna *La Correspondencia*, tomamos anoche la siguiente que no ha podido menos de llamar nuestra atención.

«El Sr. Philip Yale, director de uno de los teatros de Cincinnati (Estados Unidos) ha sido preso por permitir que en su teatro se baila el *cancan*, calificando por el público y las autoridades de exhibición indecente.»

Aquí tenemos un hecho que da en tierra con los entusiastas elogios que la prensa revolucionaria de nuestro país prodiga incesantemente a la república norteamericana, presentándola como prototipo de todas las libertades.

En España se ha dado carta blanca, merced a la gloriosa de Setiembre y al reato de licencias que la han seguido, al lápiz, a la pluma, a la palabra y a la pantomímica, para que se engolfen a sus anchuras en el cenegoso pantano de los vicios y las torpes pasiones, con rubor y escándalo de todas las personas timoratas y honradas, si no a impulsos de la maldad, por un espíritu de ruin especulación. ¿Qué efecto produjeron las sentidas quejas que en presencia de tanta religión exhalaban los padres de familia y todas las personas sensatas? ¿Qué medidas se tomaron para poner coto al escándalo producido por el *cancan* en nuestros teatros, anunciado a son de clarines en varios periódicos? No recordamos haber visto disposición alguna emanada de la autoridad para prohibir bailes tan indecentes, y si hoy no se oye hablar tanto de ellos, lo cual prueba que ya no se anuncian tan pomposamente como antes, creemos debe sobre todo atribuirse al decoro y buen sentido de todas las clases de la sociedad, que habrán dado a entender con su ausencia a las empresas que tuvieron la debilidad de acoger tan repugnante espectáculo, que no se hallan, por fortuna, bastante liberalizadas para presenciárselos sin sentir el carmin en sus mejillas y el rubor en sus frentes.

El hecho ocurrido en el teatro de Cincinnati encierra una elocuente lección que los revolucionarios, los partidarios de todas las libertades, debieran tener muy presente en bien de la moral y del decoro público de nuestro país, y aceptarla espontáneamente, sobre todo por dársele un pueblo que consideran eminentemente libre, pero en el cual, aunque lo ignoran por lo visto, hace rápidos progresos el catolicismo, único valladar que puede contener el torrente devastador de los vicios y las malas pasiones que acosan y persiguen incesantemente a la triste humanidad.

Letras en El Pueblo:

«Anoche se hablaba en los círculos políticos de un próximo rompimiento, más o menos ostensible, que se supone ha de haber entre los demócratas monárquicos y una fracción progresista. Añadían que el general Prim está indeciso y vacitante entre seguir a unas u otras de las personas de cuya disidencia se hablaba. Quizá no sea verosímil ninguno de los extremos de esta noticia, por más que nosotros, como es natural, no tengamos datos seguros y evidentes de su completa exactitud. Algun pormenor especial ha llegado a nuestro conocimiento; pero nos abstendremos de revelarlo por razones de prudencia fáciles de comprender.»

Por más cuidado que ponga *El Pueblo* en

ocultar los pormenores de esta nueva disidencia tenga por seguro que cualquiera adivinará el móvil a que responde. ¿Qué apostamos a que reconozca por única causa la cuestión de credenciales?

Según nos escriben de Paniza, la autoridad local ha prohibido que se cante la Aurora, como antigua y piadosa costumbre observada en los días festivos, concluida la cual se reunían los vecinos en el templo a rezar el Santo Rosario, que continuaban cantando por la población y lo terminaban en el punto de partida.

¿Quién habrá dado facultades al alcalde de Paniza para dictar tan despotica medida? ¿Y todavía se quejan ciertos periódicos de que la mayor parte de los pueblos de España se muestran refractarios a la libertad revolucionaria.

Las contestaciones que van llegando de los ilustres Prelados españoles al decreto del señor Ruiz Rorrilla excitan cada día más la rabia y el desprecio de los periódicos liberales que, cansados de infamar y calumniar villanamente al Clero, pensaba sin duda verle ahora arrastrarse a los pies de un Gobierno despotico que profanando la palabra libertad se atreve a mandar como soberano en donde solo debe entrar como súbdito.

Gran desengaño habrán llevado el Gobierno y sus amigos! La noble entereza del Episcopado vivamente retratada en la valerosa contestación del señor Obispo de Tarazona y en la profunda y grandiosa del señor Cardenal Arzobispo de Santiago, ha trastornado por completo al ministerio de cuya ineptitud política pudo solo salir el desdichado decreto del 5 del mes actual.

Lo que hará el Gobierno no lo sabemos. Pero a fuer de adversarios leales le aconsejamos que mire mucho lo que hace, y que no se deje llevar inconsideradamente de la pasión política y del odio injustificado que muestra hacia determinadas cosas y personas. Reconozca que ha obrado mal usurpando atribuciones que solo competen al Sumo Pontífice; retire el fatal decreto; promueva una crisis ministerial; salgan los ministros que deban salir, y zánjese para siempre una cuestión que ha de producir serios disgustos al Gobierno, y que puede ocasionar graves conflictos.

Por de pronto, el Episcopado español ha dado al mundo un espectáculo admirable, que servirá de consuelo a los católicos y de esperanza a los que más que en los tristes medios humanos fían el triunfo de las causas santas en la perpetua protección que Jesucristo prometió a su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Por el interés que tiene la siguiente carta que vemos en *La Patria* de Vich la insertamos en este lugar preferente, llamando la atención de nuestros lectores hacia las graves noticias que en tal escrito se contienen:

«BARCELONA, 20 de Agosto.—Mi querido amigo: Por falta de tiempo me limitaré hoy a cuatro líneas.

La escuadra con sus doscientos y pico de cañones y sus tres mil y pico de tripulantes está fondeada delante de nuestro puerto.

Se dice que no se permite visitarla; y lo creo. Se dice que no se permite venir a tierra sino a la brigada de la compra y a alguno que otro oficial. También lo creo.

Se dice que el general Baldrich, con los tres batallones de su mando, tiene orden de armarse a un camino de hierro. Tampoco tengo dificultad en creerlo.

Se dicen otras cosas; pero no las creo. Se susurra si se intenta hacer proclamación de no sé qué y de no sé quién. No estoy en el *intrínsecus* para saberlo, pero, si hemos de llegar a un nuevo Cádiz, y el Cádiz ha de ser Barcelona, cuente Vd. con toda seguridad que ahora cada cual campará por su lado.

Si se ha de levantar nueva bandera, parecemos que las banderas serán dos: una muy fuerte en la mar y con amigos en las regiones oficiales; otra débil de alguna fuerza en tierra y sin fuerzas en la mar. Esto podrá ser causa de que las ganas de hacer algo, si existen, se queden en ganas.

Un hecho de esta naturaleza, si se verificase en Barcelona, traería días de luto, porque por acá hay y se reanuncian respetables fuerzas vivas que no estarían por la bandera del ejército de tierra, ni por la del ejército de mar.

Los partidos que hicieron la revolución, necesitan empuje hacer algo: juntos ya no pueden comer el pan del presupuesto; amigos no lo han de ser jamás; acordes no pueden ir a ningún punto; aislados son débiles. En semejante situación, no hay para ellos más remedio que el de «A río revuelto a ver quien pesa.»

También *La Epoca*, a pesar de llamarse *diario conservador*, intenta dar una lección a los Obispos, con motivo de la contestación del señor Arzobispo de Santiago, con que hoy honramos nuestras columnas, y se atreve a negarle carácter legal. Según este modo de discurrir, habremos de buscar la legalidad en las medidas encamadas a esclavizar a la Iglesia católica, considerándola, como muy atinadamente observa aquel sabio Prelado, como un ramo de la administración civil.

Reproducimos con gran consuelo la postrer carta del infortunado Balanzategui. Es un modelo del caballero cristiano, que muere como tal, sin odio ni mala pasión, un dechado de hidalguía, de honradez y de piedad cristiana:

«Eusebia de mi corazón: Ha llegado el día en que tengo que presentarme delante de Dios de una manera inesperada, que no la explico, pero que por lo visto ya no tiene remedio; y no quiero ocuparme de cosas que pudieran quizá lastimar a algunos; y les perdono de todo corazón. El dinero que me encuentran, dispongo que para cada guardia que me disperte, para que vean que no los guardo rencor alguno, pues todos saben lo que yo he considerado y apreciado la Guardia civil: el resto para que el señor cura de aquí me haga el funeral y lo aplique en misas.

Y a ti ¿qué te he de decir, amada de mi corazón? Ya sabes lo que te he querido durante mi vida, y muero amándole de todo corazón.

Siempre opuesto a las causas políticas, en que jamás me he mezclado, declaro que solo he salido de mi casa por cuestión religiosa, para defender la unidad católica, sin necesidad sacrificada en nuestra España, y considerando además el legítimo representante del trono de España y único a quien se le da la razón y la ley le pertenece, y como identificado con este mismo sentimiento católico que yo deseo defender, también al príncipe rey Carlos VII, pero sin rencor a nadie de todos los demás que militan en otros partidos, como lo he acreditado en mi conducta.

Y para que no se sospeche que al esquivar los encuentros de los que nos perseguían era efecto de miedo, declaro que lo hice así por evitar derramamiento de sangre, convencido de que todos somos hermanos, y que may en breve tenemos que ser, ó mejor dicho, tienen todos que ser unos. Hago esta declaración para que no quede mancha en mi acreditado valor, necesario para llenar mi deber en todas las cosas, que he tenido siempre y que lego a mi hijo, al cual, amándole de corazón, le encomiendo, y ruego que no olvide que su padre muere por la religión santa; que procure tenerlo presente para imitarle en cuanto le sea posible, pero nunca para vengarse de nadie, perdonando la desgracia a quien se la acarrea, como yo mismo le perdono.

Doy a todos mis parientes y amigos y domésticos un recuerdo, si quiera sea triste, y les ruego que encomienden mi alma a Dios; y últimamente, siento dejarte en situación tan crítica, casi tanto como la muerte misma, y no me extendiendo más para que no piensen que dilato la ejecución.

Estoy resignado y entrego mi vida a Dios como suya que es, que considero que sea en satisfacción de mis culpas, juntamente con los méritos de su Santísima Pasión y Muerte, que no tienen límites. Adios amada mía, ruega a Dios por mí, como yo espero hacerlo desde el cielo a donde pronto llegaré, no por mí, sino por los méritos de mi Divino Jesús, con cuyo dulcísimo nombre en los labios ó en la mente desea y espera morir tu desgraciado esposo.

Pedro Balanzategui Albuera.

NOTICIAS CARLISTAS

TOMADAS DE LOS PERIÓDICOS LIBERALES.

De La Correspondencia: «Añoche a las nueve y media se presentó en Vallebona, Maestrazgo, una partida carlista pidiendo a un algaritero de dicha población 500 pares de algariteros. El cabezalla parece que es conocido por Calisto.

«Diez ó doce oficiales del suprimido ejército borbónico de Nápoles han debido llegar a Francia uno de estos días para ofrecer sus servicios a don Carlos de Borbón, que cuenta con no pocos extranjeros entre sus soldados.

«La esposa del brigadier Polo ha estado esta tarde a ver al Regente é interceder por la vida de su esposo, y parece que también ha solicitado audiencia de la duquesa de la Torre.

«Los carlistas parece que han hecho grandes trabajos, aunque sin resultado, para producir un movimiento en su favor en Mahón.

«Parece que no se ha visto hoy en consejo de guerra la causa contra el brigadier Polo, por haber entablado competencia el tribunal ordinario.

De La Epoca: «El comandante general de Morella participa al ministro de la Guerra que en la madrugada de ayer salieron desde Calatayud columnas hacia Alcora en persecución del calderero de Castellón. Dicho comandante marcha con otras dos combinadas sobre Albocacer en persecución de las de Valles, que han procurado reorganizarse en la misma dirección. Van presentados unos 30.

El mismo periódico encabeza el parte que ayer publicó la Gaceta sobre las partidas carlistas del Maestrazgo con las siguientes observaciones:

«Por desgracia era prematuro el anuncio que hicimos de que, según todas las probabilidades, dentro de pocos días podíamos suprimir la sección de nuestro periódico destinada a dar cuenta de las operaciones militares contra partidas carlistas. Según las noticias recibidas ayer, cuyo extracto publica hoy en la Gaceta el ministro de la Guerra, no solamente no han concluido las facciones de la Mancha, sino que las de Castellón, superiores en número a aquellas, presentan un signo de alguna gravedad. Nos referimos a la concepción de las partidas de Galindo, Sales, Riolo y R. cher, movimiento que aun cuando haya sido auxiliado por la actividad y el valor de la columna que al mando del teniente coronel Sr. Serrano derrotó a aquellas, supone, por lo menos, dirección y plan en grado poco considerable todavía, pero que de todos modos es una novedad en las operaciones carlistas. También en Buesol (Castellón) otra facción reagida se ha paralizado en las osas y ha arrostrado desde ellas el fuego de nuestras tropas; otra novedad desagradable, por más que, como era de esperar, los facciosos hayan pagado cara su osadía.

—La Igualdad publica la siguiente carta: «Tercel 20 de Agosto de 1869.—Estamos aquí sin saber á qué atenernos respecto á movimientos carlistas.

Si creemos á las autoridades superiores, en la provincia de Teruel no hay un solo carlista, pero si damos crédito á las muchas cartas de personas veraces y respetables, á las aseveraciones de testigos oculares, cruzan la provincia, preparando un alzamiento general, algunas partidas carlistas más ó menos considerables.

Que no hay nada, se repite un día y otro día por las autoridades superiores, y sin embargo, hay algo, y aun algo.

Aparece una partida en Torrebaja. Es batida otra en Abejuela.

Pernocita otra de 250 hombres en Puertomineral, mandada por un cabezalla llamado Rallo. Y aparece otra en Fontanete.

Y se forma otra en los pueblos de Becoste, Pajarroya y Ráfales.

Y se agitan los agentes clericales en todas direcciones.

Y se habla de la próxima aparición de otras partidas.

Repito que no sabemos á qué atenernos; pero estamos convencidos, por más que otra cosa digan las autoridades, que la cosa se va enredando.

Entretanto, estamos aquí solos los voluntarios, muy bien armados con las armas que ha dado el Gobierno.

Prestamos el servicio de plaza, por no haber en ella ni un soldado ni un guardia civil.

El ayuntamiento y los voluntarios vigilan noche y día; pero la corporación municipal no se atreve á tomar disposiciones para poner á la capital á cubierto de un golpe de mano, porque halla siempre por delante el proverbial no hay nada de las autoridades superiores.

Desearíamos que se despegara la incógnita, para saber á qué atenernos.

De El Imparcial: «En Ciudad Real no se tenía ayer noticia alguna de la facción de Sabariego, lo que hacía creer que ésta se había vuelto á disolver para evitar la persecución de que era objeto.

«El juzgado de Almagro, según nuestras noticias, ha reclamado al cabezalla Polo para juzgarle. Creemos que el tribunal militar se inhibirá de esta causa. De manera que habremos visto el caso singular de un condego juzgado por los tribunales militares y de un brigadier juzgado por los tribunales civiles.

—Un despacho de Sevilla anuncia que se había restablecido el orden en Trujillo. El mismo despacho anuncia que en Almadén de la Plata no existe partida alguna, como había indicado un parte dado por el alcalde de aquel pueblo.

Han pasado por Sevilla con dirección á Cádiz, desde donde serán conducidos á Ceuta, varios sargentos, paisanos, y eclesiásticos de los que han resultado complicados en la fracasada intentona carlista.

Habiendo dicho el Boletín de la Guerra que anteayer se hablaba de un nuevo giro dado á la cuestión de monarca, mediante el cual parece que surgía un conato de nueva candidatura, un periódico liberal hace la siguiente observación:

«Coincide esta noticia con la estancia en Madrid de un militar prusiano de alta graduación recién llegado de Sevilla, y el cual parece que trae la misión de informar á su Gobierno acerca del estado de España, comprendiendo en sus informes los elementos con que aquí podría contar para establecerse y consolidarse una nueva monarquía.

En la mañana del sábado 21 abandonaron las aguas de Barcelona parte de los buques que componen la escuadra. Decíase que se dirigían hacia Rosas. Han quedado únicamente en aquel puerto la fragata *Almansa* y la goleta *Ligera*.

Parece que ayer celebró una conferencia el diputado republicano general Pierrard con el presidente del Consejo de ministros. Parece que esta entrevista tuvo por objeto exponer dicho general al señor ministro las súplicas de las asociaciones de su partido á favor de los prisioneros carlistas.

Los periódicos ingleses dicen que los insurrectos de Cuba han capturado algunos españoles para que les sirvan de rehenes á fin de que no sean fusilados los prisioneros.

Parece que durante la ausencia del presidente del Consejo de ministros, se encargará del despacho del ministerio de la guerra el Sr. Topete.

El batallón de cazadores de Alcántara, de guarnición en Madrid, está dispuesto para salir de un momento á otro para la Mancha.

Hoy se ha recibido un telegrama en Madrid del capitán general de la isla de Cuba, en que manifiesta que se ha cantado un solemne *Te Deum* en Nuevitás, en acción de gracias por verse libre ya aquel territorio de filibusteros. En Matanzas, que ha sido visitado por el general Sr. Caballero de Rodas, reina el mejor espíritu.

El Regente parece que obsequiará con una comida á los directores de periódicos políticos de Madrid.

Según dice un diario noticioso, al pasar la condesa de Morella por Bayona se ha hospedado en casa del Sr. Ferreres, ayudante de campo que fué de Cabrera. La residencia del Sr. Ferreres es una casa de campo de Guethary.

Un despacho del alcalde de Lora (Sevilla) dice que en Almadén de la Plata se presentó el 20, á dos leguas de esta villa y en el término de Santa Olla, un grupo de paisanos dando vivas á la república y haciendo disparos con escopetas. El parte que se recibió en Lora no indicaba la dirección que había tomado el grupo, ni el número de hombres de que se componía.

Un periódico atribuye el haber apresurado el regente su regreso á esta corte, al deseo de asistir á los funerales que se han celebrado por el alma del malogrado marino D. Casto Mendez Nuñez.

Leemos en La Correspondencia:

«En el Consejo de hoy se cree que se habrá tratado la cuestión relativa á las respuestas de los Prelados. No falta que en supone que estas contestaciones irán al Tribunal Supremo de Justicia, pero creemos que nada haya aun resuelto sobre este particular, y no sabemos si hoy se pondrán de acuerdo los ministros en Consejo respecto á la resolución que deba adoptarse.

Hoy se ha recibido por el Gobierno un despacho telegráfico de la Habana fechado el 23, en que se anuncia que nada ocurría de novedad.

En Matanzas y demás poblaciones importantes reinaba un espíritu excelente. Se había cantado un solemne *Te Deum* en Nuevitás, Remedios y Mondas por haber desaparecido el cólera.

Parece que ha tenido lugar en Almería (Málaga) un desagradable suceso cuyo origen fué el siguiente:

«Acompañaban unos guardias civiles en su cometido al recaudador de contribuciones, y llegados á la casa de un vecino á quien debían exigir la cuota que le correspondía, hubieron de mediar ciertas palabras, y el individuo en cuestión haciendo uso de una escopeta hirió en la cara á uno de los guardias, quien inmediatamente hizo fuego sobre el agresor causando su muerte.

Los periódicos ingleses publican un despacho de Washington diciendo que ha logrado desembarcar en Cuba una expedición de filibusteros americanos.

El Diario de Avisos publica hoy un edicto militar llamando para que se presenten en las prisiones militares de San Francisco, á los capitanes del cuerpo de Estado Mayor del ejército D. Priamo de Vilalonga y D. Eduardo Aznar y Murga, á quienes se está procesando por haber desparecido de esta plaza el día 22 de Julio último, abandonando sus destinos sin causa que lo justifique.

Han sido puestos en comunicación todos los detenidos en las prisiones de San Francisco por consecuencia de la conspiración carlista descubierta en Madrid hace unos quince días, excepto un coronel que aún continúa incomunicado.

El Telégrafo, dice con fecha 21: «Tenemos el sentimiento de participar á nuestros

lectores que han quedado defraudadas las esperanzas que habíamos concebido de que quedase ayer arreglado el conflicto pendiente entre fabricantes y obreros. Si no son inexactos nuestros informes, los obreros, firmes en su pretensión de obtener el aumento del 40 por 100 sobre las tarifas más elevadas, aunque dispuestos á acatar lo que resolviese una comisión mixta por el estilo de las que se han ensayado con éxito en Inglaterra, comparecieron ayer ante el señor gobernador civil de esta provincia á saber la contestación definitiva de los fabricantes. Pero como á la hora señalada para la reunión de estos en el despacho de dicha autoridad, solo acudiese un fabricante, cuyo nombre sentimos no recordar, no pudo saberse lo que hubiese acordado la mayoría. El conflicto, por lo tanto, lejos de resolverse, amenaza prolongarse si no se adopta pronto una determinación que concilie los intereses legítimos de ambas partes.

Ayer se ha dado orden al coronel del batallón de Alcántara, para que esté dispuesto á marchar con su fuerza al primer aviso.

Los periódicos de anoche publican el siguiente despacho referente á orden público que se les facilitó en el ministerio de la Gobernación, transmitido por el gobernador de Cáceres:

«En Trujillo una turba de hombres, mujeres y chicos han atropellado las propiedades del Barrocal, derribando los muros. Constituidas las autoridades local y judicial con la fuerza de la Guardia civil, procuraron restablecer el orden; pero notando resistencia pasiva y síntomas de alarma en la población, me han reclamado el envío de fuerzas. Después de haberlo así verificado con treinta guardias civiles, de cuya salida avisé por telégrafo al alcalde, en el parte que acabo de recibir á las doce me dice que los vecinos del arrabal se preparan á la resistencia para el caso de que el juzgado dispusiese llevar á la ciudad los presos. Con tal motivo he dispuesto que salgan treinta guardias carabineros para que el orden público se restablezca.

Tengo adoptadas todas las disposiciones necesarias para que el servicio de la provincia no se resienta.

Leemos en La Correspondencia de anoche:

«Por iniciativa del director del periódico *El Pueblo*, á consecuencia de la cuestión pendiente entre los dos periódicos, han sido designados dos personas por cada uno de ellos para que pongan en claro los motivos en que fundó *La Iberia* su acusación de que los redactores del diario republicano habían obtenido muchas credenciales.

Por disposición del señor ministro de Marina se va á colocar en el museo naval, en el modelo de la fragata *Numancia* la insignia del contraalmirante Mendez Nuñez.

Las huelgas de Barcelona y Granada han contagiado á algunos industriales de Sevilla.

Hé aquí lo que encontramos en *El Porvenir* de la última capital:

«Por motivos que sería largo de contar, en la mañana del jueves los cortadores de la casa Matadero se declararon en huelga y se negaron á matar y cortar las reses para el consumo público. En tal conflicto, el señor alcalde presidente, puesto de acuerdo con el capitán general, hizo una invitación á los cuerpos militares que guardaban la plaza para que los soldados que entre ellos hubiesen sido cortadores ó dependientes de matanza reemplazaran á los trabajadores del Matadero. Muy luego se reunió el suficiente número, merced á lo cual las tablas de la ciudad pudieron quedar abastecidas para el consumo público. Aseguramos que el conflicto quedará inmediatamente resuelto. Nos alegramos.

Leemos en El Imparcial:

«Estamos autorizados para asegurar que el cabezalla *M. Escudé*, hecho prisionero por las tropas que persiguen á las partidas carlistas, no pertenece á la familia del señor Obispo de Jaén, como aseguraba una correspondencia que de Puertollano publicó la *Crónica de Badajoz*.

«Qué dirán á esto los diarios revolucionarios á quienes faltó tiempo, con tan ruin impostura, para zaherir al sabio Prelado de Jaén?

La Gaceta de hoy publica lo siguiente sobre partidas carlistas:

«Después de la batida y dispersión de las facciones reunidas de Valencia y Castellón, no han vuelto á tenerse noticias de los restos carlistas de estas provincias. Algunos se presentan todavía á indulto.

No se ha confirmado la reaparición de la partida capitaneada por Sabariego en la Mancha.

Completa tranquilidad en todas las provincias.

Del Boletín eclesiástico de Jaén tomamos el siguiente artículo, que será leído con gusto por nuestros suscritores:

LA APOSTASIA.

Unida la inconsecuencia al crimen y el descontento á la pasión de venganza, forman un lazo de horrible desesperación que tan pronto levanta borrascas de ira como engendra melancolías y produce abatimiento angustioso. Así vemos que el apóstata, inconstante en sus miras, arrebatado ó en postroación lastimosa revela el estado miserable del alma que, habiendo llegado al punto de renegar, busca en las repulsas y en el despojo mil desventurados despojos, mil vergonzosos apoyos.

Naturalmente se ofrecen al apóstata como ingenuos aliados la maledicencia, la injuria, la calumnia, todo género de complicidad maligna y de odios desechados.

Recuerda su pasado y se contrasta; el insomnio le irrita ó le desalienta; la voz de la conciencia le espanta y angustia; mira en derredor de sí, y el libro, el folleto, el periódico, su propia actitud en la sociedad, sus costumbres y hábitos; los que fueron sus amigos, su escuela, su doctrina, su ayer y su mañana causan en tan desgarrado corazón un linaje de continuo estrechamiento que refleja sobresalto en el semblante y desamparo en el ánimo. Sabe maldecir y odiar sin poder alegrarse en sus embustas ni satisfacer sus venganzas. Quiere siempre lo imposible, y el imposible es su tormento; aspira con ardimiento á ser y parecer ó noblemente desgraciado, ó ruidosamente arrogante, y como necio desertor, deja huellas de orgullo y de insipiente en todos sus pasos. Solo parece levantarse para caer. Ciego para el bien, es ingenioso para perderse. Si alguna vez oye la verdad, reniega de la verdad ó de quien se la dice. ¡Infeliz! En su demagogia irracional y en sus nerviosos arrebatos busca á amigos entre sus verdugos, y mendiga un amparo, que cuesta dinero y germina desengaños. Entonces el lamentarse puede. Se avergonzaría más de aparecer burlado y víctima de los

desprecios, que de abrazarse con los que le pierden, le escarnecen, le explotan y estafan. Nada, nada hay comparable con la situación del apóstata. Hombre lisongeado la víspera de su rebelión y de sus pérdidas, cae ya sin poderse levantar en manos de implacables censores, á quienes aborrece con odio íntimo teniendo que mostrarles amor, confianza y familiaridad. De este modo es hasta mendigo de su desgracia y de su deshonra. No dice jamás: «me he engañado, he venido á dar en todos los escollos; yo, el orgulloso el levantado, el que finjo poder, me veo reducido á todas las servidumbres, á todas las miserias, á ser objeto de insupportable desden y de burlas sangrientas.

Sonríe el apóstata al pedir apoyo, y le pide, no al amigo cuya vista le atormenta con doloroso recuerdo, sino al infiel aliado; á ese hombre sembrador de cizaña y cosechero aprovechado de un estipendio crecido, crecido y tanto como es infamia la obra que se brinda á ejecutar; que las insignes maldades suelen pagarse con el sacrificio de la libertad, de la honra y del decoro.

«¿Qué no maquina el apóstata? ¿qué mentira no fragua? ¿qué calumnia no inventa? ¿dónde no va con la infamia y á dónde no llega desvanecido en sus cálculos y desalentado en sus planes? Parece ágil y solo es alucinado. Semejan sus movimientos el vuelo del ave herida y atolondrada; va y vuelve, hace y deshace su carrera, y desandando lo que neóticamente anduvo acaba por herirse de muerte en conocidos tropiezos. Corriendo y más corriendo sucumbe al cansancio de una obstinación deplorable. Húndese en la fosa que abandonaba.

Galvanizado alguna vez á impulso de pasiones ruidosas, se levanta en ton de poderío y de amenaza, como ganoso ya de herir famas acrisoladas y de conquistar laureles; y sus conquistas son la insolencia y las agresiones. Se desvela, inquiere... agitado é impaciente recorre los círculos donde hierve cada furor con su propio ruido, y todos los furiosos con su imponente explosión... allí acude, allí se fija, allí se inspira, de allí toma su vigor ficticio; sale de allí, y pareciéndole poco el espacio de las plazuelas, dirige al templo de Dios, al hogar doméstico, á la era ó al mercado, y hace de cada sitio una tribuna donde predica lo que tiene en su corazón. Se predica á sí mismo, predicando su apostasía.

Por estos caminos se convierte el apóstata en apologista de su propia desgracia. Muere muerte de suicida. Ese hombre que pudiéramos llamar *lo verdinegro* de las fisonomías morales, quiere sin voluntad de querer, tiene una voluntad de contra razón, y dice: «¡Ah! ¡el sino! ¡el sino! ¡la fatalidad! El sino y la fatalidad de ese desdichado empezó por la insubordinación insensata, y terminó en fuga vergonzosa.

Son para el apóstata próspero suceso y causa de regocijo la desgracia común, el llanto de la honradez y el terror público. Todo lo que contrasta y abate al hombre fiel y probo, al que sabe compadecer á los demás y sacrificarse por su patria, por su religión y por las glorias anejas al leal comportamiento de las profesiones, engendra en el corazón del apóstata los celos malignos, el furor de la maledicencia y el frenesí de la impostura. (Cuánto fingel) ¡Qué manera de conducirse! ¡Qué género de servicios los suyos! Vendido en cuerpo y alma al espíritu de propia seducción, sirve con servidumbre deplorable todas las malas causas, y llega á ser ciego instrumento de planes que tal vez detesta.

La dicha de los demás, el reposo de las familias cristianas, la misma regularidad de vida en las gentes honradas, enciende su turbado espíritu de una manera que contrasta su miserable existencia. Es, y no puede dejar de ser juguete peligroso de mil torpes alianzas. Desdichado de él! Cuanto mas se aleja de las vías de sumisión y de las sendas del respeto tanto mas se esclaviza á la tiranía de sus volubles seducciones y de sus más volubles cómplices. Le abandonaron mil veces. Mil veces le abandonarán. Mil y mil veces han de maldecirle y han de calumniarle después para cerrarle hasta el camino de una posible reconciliación, y de una saludable penitencia. Entonces le llamarán por su nombre propio; y al decirle hipócrita ó transfuga, ó ambas cosas á un tiempo, ya no podrá renegar con éxito, ni protestar cinismo, ni satisfacer la siempre insaciable exigencia de los que empiezan por adular para perder. Entonces habrá perdido por completo el título de héroe, el de víctima y aun el vulgar de hombre corriente y desprecupado. Al señalar su frente con la marca de retrógrado, en algún sentido, ya le han dicho la última palabra. Solo se acordarán de él en el día y hora de hacerle suscribir planes inicuos, ó de pedir recursos funestamente necios á su extraviada fantasía.

«Demasiado conocen al apóstata los inductores á la apostasía! Así aprovechan sus horas de calma como sus raptos de locura; y prenda solida por el incauto es prenda recogida por los astutos. Si alguna vez ha querido ser, ó han permitido que aparezca como director de escena era solo para cebar con la pérdida lisonja de un puesto de honor la mal disimulada ambición del presidente, destronado antes de gobernar. ¡Ah! Pudiera reconocerlo el apóstata. ¿Para qué sirve? ¿quién le llama y acaricia? ¿qué ganan en él, si él no escandaliza, si él no se humilde, si él ¡pobre! ¡desdichado! no vende su alma, renegando de Dios? ¡Le han adquirido á condición de que reniegue! Y todavía, todavía hace como quien camina, como quien aspira, como si hubiera para él horizontes posibles, ciegos y cerrados ya para su vista los clarísimos horizontes de la fe. ¿Por qué no se rinde? ¿por qué no cae rostro en tierra bañando con lágrimas de hijo la mano que puede levantarlo? ¿cómo es que apela, que rechaza, que calumnia mas y de nuevo, que deshonra su razón y desafuera su dignidad? ¿Será por mala ventura su último paso, su paradero tal vez ó si no el restituido de su infortunio? Pero ¡qué situación! Inventar y practica la apostasía anónima y la apostasía seudónima. Ocultando su nombre ó comprando un nombre, á precio tal vez de concesiones sacrílegas, floje hechos y los denuncias, inventa quimeras calumniosas y las da por realidades. Hipocrita, cobarde tímido, miserable mercenario del interés y de la codicia se guarece contra la responsabilidad presente y venidera y se ampara contra riesgos probables de manera que mañana pueda la victoria al Rey, al tribuno, al dictador ó á Mahoma, como hoy se vende por fiel

aliado de quien impera. ¡Sí, sí! El, hoy escuchado con el anónimo, ó pasando por quien no es, dispuesto se halla para proclamar en alto y ruidosamente lo que llamaría luego su antigua bandera. ¡Infel y maldad, faltábale ser traidor, y lo fué. Lo será siempre. ¡Ay de los que un día le conocieron y le despreciaron, admitiéndole después! ¡Tiempo vendrá en que renieguen de su candor en haber acogido al monstruo que si mas tarde pudiera los ahogara.

No, no olvidará los desprecios sufridos, ni los desdenes porque ahora pasa y disimula. Si alguien padeciese el error necio de creerle en algún tiempo, él daría cuenta y razón de lo que ha oído, visto y presenciado, mostrándose entonces informado delator contra los que ahora llama sus amigos, y mostrando además que el *siervo del pecado* no puede ser libre ni afecto á la verdadera libertad que honra y santifica. ¡Oigan los seducidos! ¡Oigan los miserables instrumentos de torpes maquinaciones! El apóstata no dará de sí mas que apostasía. *Discessio primum... homo peccator... perditionis.* II.ª ad Thess. c. 2.

En Jaén día de Nuestra Señora de las Nieves 5 de Agosto de 1869.—EL OBISPO.

CORREO DE HOY.

En el Diario de Palma correspondiente al 20 del actual, leemos lo que sigue:

«En la noche pasada y á eso de las dos han sido reducidos á prisión en el cuartel del Carmen por el Excmo. Sr. capitán general de este distrito varios sargentos y oficiales del regimiento de Galicia. La población ha despertado algún tanto alarmada con esta noticia, pues según se dice, estas prisiones son debidas al descubrimiento de una conspiración carlista, en la cual los presos parece que estaban complicados. A la hora en que escribimos estas líneas se están haciendo prisiones, pues se asegura que se han ocupado listas á uno de los presos. Cuando tengamos más pormenores nos apresuraremos á ponerlos en conocimiento del público.

Del número correspondiente al día 21 del mismo periódico, tomamos las siguientes noticias:

«A las cuatro de la tarde de ayer celebró sesión privada el ayuntamiento. Según datos que se nos han proporcionado particularmente, asistieron á ella los señores que componen las juntas directivas de los casinos *Terapia del progreso, Conciliación y Republicana*.

Hizo uso de la palabra el señor presidente, exponiendo el objeto de la reunión basado en las críticas circunstancias por que atraviesa esta población alarmada por los sucesos acaecidos en la noche de San Magín.

Los representantes de los comités convocados se ofrecieron á la autoridad en nombre de sus respectivos asociados para mantener el orden, y se convino en que 450 patriotas se pondrían al lado de dicha autoridad, para ayudarla en cualquier trance.

Acto continuo acordóse nombrar dos individuos por cada uno de los casinos allí representados, con objeto de formar un comité de salvación. Nombróse además, otra comisión que ha de entender con el Excmo. señor capitán general en la cuestión de armas.

Después de dar las gracias al señor presidente, se levantó la sesión.

«Atendidas las ocurrencias políticas que han tenido lugar en esta capital, suspendemos por ahora la polémica entablada con *El Iris del Pueblo*, la cual continuaremos cuando la opinión pública esté del todo tranquilizada, procurando como hasta aquí defender nuestro parecer en el terreno legal.

«Ayer celebraron reunión, por la noche, todos los casinos liberales. Efecto de los acuerdos tomados, recorrieron las calles varios grupos de paisanos, vigilando por la tranquilidad pública. No se ha alterado el orden.

ULTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra).

PARIS, 23 (por la noche).—Creese que el señor Barrocho no asistirá, como se había indicado, al Concilio ecuménico, que decididamente se reunirá el 8 del próximo Diciembre.

Los Prelados franceses, según se asegura, han obtenido la autorización gubernativa para asistir á él.

Esta noche sale de Fontainebleau para Lion la emperatriz.

Desde allí se dirigirá á Ajaccio.

En la Bolsa de hoy se han cotizado:

El 3 por 100 francés, á 73-90.

El 4 1/2 por 100, á 104-70.

El 5 por 100 italiano, á 56-90.

LONDRES, 23.—Consolidados ingleses, de 93 3/8 á 1 1/2.

AMSTERDAM, 23.—El 3 por 100 portugués, á 34-50.

PARIS, 24 (por la mañana).—La emperatriz y el príncipe Imperial deben llegar á Lion á las cinco de la madrugada de hoy.

El «Constitucional» confirma el rumor que ha corrido estos días sobre la supresión de las grandes comandancias militares. Esta medida sería considerada como un síntoma pacífico, revelando el propósito del nuevo ministro de la Guerra de introducir economías en el presupuesto del ejército.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, pequeños, 26-00, 25-25 y 60; no publicado, 25-10, á plazo, 25-05 y 10 fin próx. fir., 25-05, fin próx. fir.

Títulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 24-80.

Títulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 30-15 pequeños.

Billetes hipotecarios del Banco de España, de la segunda serie, publicado, 98-30.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 52-25; publicado, 53-00, 50-25 y 10.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 46-75.

1.ª em. id. id. (nuevas) de 2,000 rs., publicado, 45 55 y 75.

